

EL CIUDADANO INVESTIGADOR: CREATIVIDAD Y PENSAMIENTO CRÍTICO DESDE NUESTRA AMÉRICA

Edgar Molina¹

RESUMEN

El presente artículo examina la convergencia del paradigma Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS), planteando como eje central la formación de un ciudadano investigador. Esta figura se concibe como un sujeto crítico, capaz de establecer un diálogo armonioso y transformador entre el rigor del conocimiento científico hegemónico y la riqueza de los saberes ancestrales de la región. Frente a los desafíos que representa la lucha hegemónica del conocimiento, se argumenta que la innovación en Venezuela y América Latina no debe ser una réplica de modelos externos, sino un proceso nacido de la reflexión crítica, con coexistencia en un “diálogo de saberes”. Este enfoque reconoce que el conocimiento de las comunidades indígenas y rurales posee una validez técnica y ecológica fundamental para la sostenibilidad y el bienestar colectivo. La figura del ciudadano investigador emerge, así, como un mediador cultural que utiliza el pensamiento crítico para descolonizar la tecnología y orientarla hacia la justicia social. Su labor consiste en validar la ciencia formal sin desplazar las cosmovisiones locales, promoviendo una investigación situada que responda a las realidades del territorio. Solo a través de esta síntesis epistemológica será posible construir una ciencia con identidad propia que garantice la preservación de la vida y la dignidad de los pueblos.

¹ Ing. Químico. MSc. Gerencia de Recursos humanos. Docente contratado en la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez. emolina.unesr.edu@gmail.com. ORCID 0009-0005-6246-3320.

Palabras clave: saberes ancestrales, ciudadano investigador, descolonización del conocimiento, soberanía intelectual, metacognición

THE CITIZEN RESEARCHER: CREATIVITY AND CRITICAL THINKING IN OUR AMERICA

ABSTRACT

This article examines the convergence of the Science, Technology, and Society (STS) paradigm, focusing on the development of the “citizen-researcher” as its central theme. This figure is conceived as a critical thinker, capable of establishing a harmonious and transformative dialogue between the rigor of hegemonic scientific knowledge and the richness of the region’s ancestral knowledge. In the face of the challenges posed by the hegemonic struggle over knowledge, it is argued that innovation in Venezuela and Latin America should not be a replication of external models, but rather a process born of critical reflection, coexisting within a “dialogue of knowledge.” This approach recognizes that the knowledge of indigenous and rural communities possesses technical and ecological validity that is fundamental to sustainability and collective well-being. The figure of the citizen-researcher thus emerges as a cultural mediator who uses critical thinking to decolonize technology and orient it toward social justice. Their work consists of validating formal science without displacing local worldviews, promoting situated research that responds to the realities of the territory. Only through this epistemological synthesis will it be possible to build a science with its own identity that guarantees the preservation of life and the dignity of peoples.

Keywords: ancestral knowledge, citizen researcher, decolonization of knowledge, intellectual sovereignty, metacognition

Introducción

El presente artículo plantea la imperativa necesidad de romper con el mito de la “Ciencia Triunfante”, resultante de una narrativa eurocéntrica que ha condicionado históricamente, el desarrollo en Venezuela y Latinoamérica bajo una visión lineal, absoluta y universal del progreso. Esta postura ha derivado en lo que Oscar Varsavsky denomina “cientificismo”: la

aceptación acrítica de agendas de investigación impuestas desde centros de poder extranjeros hegemónicos capitalistas. Este fenómeno constituye una forma de colonialidad oculta que ignora las necesidades sociales y las potencialidades territoriales de nuestra región, reduciendo nuestras sociedades a simples escenarios para escenificar pruebas piloto de innovaciones que han sido diseñadas en contextos radicalmente ajenos a nuestra idiosincrasia.

Frente a este escenario de dependencia de la ciencia y la tecnología, es urgente la propuesta del “ciudadano investigador”. Un ciudadano que inspirado en la “curiosidad crítica” de Paulo Freire, trascienda el rol del usuario pasivo para convertirse en un actor que cuestione la supuesta neutralidad de la tecnología, y que entienda que toda tecnología eurocéntrica, originaria de los centros de poder capitalista, siempre encarna valores, sesgos y estructuras de poder, propias de sus diseñadores, y que frecuentemente se encuentran alineados con los centros hegemónicos de capital. Este ciudadano investigador debe surgir del propio seno de las universidades.

En este contexto, la tríada conformada por la Ciencia, Tecnología y Sociedad (CTS) en Venezuela y Latinoamérica, se erige como una herramienta de lucha y resistencia, cuyo objetivo es transitar hacia una adecuación socio técnica, donde se priorice la soberanía intelectual y la ética de la vida sobre las demandas del mercado. Es un transitar hacia la construcción de un nuevo convenio social que valore la dignidad humana. Por consiguiente, el ciudadano investigador, debe ser el garante en este proceso de transformación de la ciencia y la tecnología --herramientas de dominación— para convertirla en instrumentos auténticos de emancipación, soberanía y justicia social.

El mito de la ciencia triunfante

Durante décadas, Venezuela y Latinoamérica, ha coexistido con el mito de una *Ciencia Triunfante*, que ha sido producto de una narrativa eurocéntrica que presenta al progreso como una verdad absoluta –que no admite dudas–, universal – porque funciona en cualquier contexto – y lineal porque según esta narrativa el progreso solo se da en una dirección y que la ciencia moderna – occidental– es infalible y la única herramienta válida para alcanzar el éxito, ignorando la influencia de otros factores como la política, la economía y la cultura.

Esta visión eurocéntrica, ha fomentado lo que Oscar Varsavsky (1969) denominó el “cientificismo”: una clara tendencia del hombre a ser dominado, mediatizado, y que está siempre presto a aceptar ciegamente una agenda de investigación elaborada e impuesta por los centros de poder extranjeros, una ciencia evidentemente ajena a nuestras necesidades territoriales y carentes de un compromiso social auténtico. Este fenómeno en sí, viene a ser una forma de colonialidad oculta, que impone una única dirección del desarrollo, la linealidad del desarrollo, donde nuestras sociedades actúan como simples escenarios para realizar pruebas piloto, de las innovaciones que han sido diseñadas en contextos totalmente distintos al contexto local.

Frente a este escenario de dependencia, la dinámica global del mercado actual, nos está exigiendo el “despertar” del hombre como parte de la sociedad, del gerente que toma las decisiones acerca de la tecnología que debe utilizar, ese hombre que se hace consciente de su propia realidad, frente a un mundo que lo mediatiza y lo subordina a intereses ajenos a su propia naturaleza e idiosincrasia. De manera puntual hago referencia, al florecer de un ciudadano investigador; al ciudadano crítico, dado que ya no podemos seguir permitiéndonos ser simples usuarios pasivos, pues, el mundo sometido a la globalización, requiere de ciudadanos que cuestionen, que investiguen y que entiendan que la tecnología no es neutral de ninguna manera, sino que la misma encarna los valores y las relaciones de poder de quien la diseña, llámense centros de poder, grupos hegemónicos capitalistas.

Este ciudadano investigador, debe surgir desde los espacios de la universidad, en comunidades de aprendizaje, en congresos, en el compartir de experiencias en foros científicos, foros políticos, donde se estudie la realidad de la ciencia y la tecnología, y su relación con la sociedad circundante. Es la universidad que debe impartir los conocimientos y los principios que regirán a los forjadores de una nueva ciencia al servicio de la comunidad, la sociedad que lo cobija.

Es preciso puntualizar que la figura del ciudadano investigador no está restringida a un sujeto único, a una individualidad, por el contrario, este concepto hace alusión a un ente o grupos de personas que conforman un colectivo, con principios ontológicos compartidos. Estos grupos de ciudadanos pensadores e investigadores están llamados a liderar una reconfiguración paradigmática del ecosistema CTS en el contexto latinoamericano y, de manera imperativa, en la realidad nacional venezolana.

Por consiguiente, la evolución del ciudadano actual, hacia un ciudadano que está dispuesto a jugar un rol de investigador social, debe estar fundamentada en la necesidad de escudriñar de manera profunda, la estructura de la ciencia y la tecnología y establecer su relación con la sociedad. Al integrar el pensamiento científico en la vida cotidiana, el sujeto deja de ser un consumidor pasivo de dispositivos para convertirse en un evaluador de riesgos y beneficios, promoviendo así, lo que Beck (1998) denominaba, una “modernización reflexiva”, aquella donde la sociedad investiga y gestiona las consecuencias de su propio desarrollo tecnológico frente a la incertidumbre global.

En correspondencia con lo anterior, Paulo Freire (1970) decía que el reto en la vida es pasar de esa “curiosidad ingenua” que acepta todo como un regalo del progreso, a una “curiosidad crítica” Se trata por lo tanto, de abandonar la vieja costumbre de ser espectadores de una tecnología que nos imponen, para dar un salto al frente y empezar a escribir nuestra propia historia.

Como bien señala Renato Dagnino (2007), hoy día es imperativo transitar hacia una “Adecuación Socio técnica”, donde el investigador crítico, ya no se pregunta cómo adaptar la sociedad a la tecnología, sino que por el contrario, reflexiona en cómo diseñar tecnologías que se adapten a la realidad social, económica y ecológica de Nuestra América. Esta transición implica dismantelar la idea de que existe una única vía hacia el desarrollo, donde es posible que surja otro tipo de tecnología con una visión inclusive más humanista. El ciudadano investigador se convierte en un ente que reconoce a la ciencia como un fenómeno social y, como tal, debe estar sujeta a un control democrático y a una ética que priorice la vida sobre el mercado.

En concordancia con lo anterior, autores como Hebe Vessuri (2007) han insistido en que la producción de conocimiento en el contexto latinoamericano, necesariamente debe ser un proceso de negociación social. El “despertar” al que se alude en este artículo, implica que el ciudadano investigador debe poseer la capacidad de contextualizar los saberes: entender que un modelo gerencial o una tecnología organizacional -diseñada en el Norte Global- puede resultar en un fracaso si no se somete a un proceso de reflexión metacognitiva y crítica. Por tanto, la creación de objetos innovadores en el ámbito organizacional no puede ser un simple acto de copia, sino un ejercicio de soberanía intelectual.

En relación con lo expuesto, el pensamiento de Amílcar Herrera (1971) cobra vigencia al señalar que la verdadera autonomía de una nación, no

está precisamente en su capacidad de producir ciencia de acuerdo a estándares internacionales, sino por el contrario, en su capacidad de definir sus propias prioridades de investigación. Este ciudadano investigador, en última instancia, debe ser el garante de que la ciencia y la tecnología dejen de ser herramientas de dominación para convertirse en instrumentos de emancipación y justicia social.

Gerencia y Gestión: La Creación de Objetos Simbólicos y Tecnologías Sociales desde la Periferia

El siguiente aspecto trata de la gerencia y gestión. En el ámbito organizacional de Nuestra América, la gerencia ha operado tradicionalmente como una extensión de la “colonialidad del poder”, concepto que ha sido acuñado por Aníbal Quijano (2000), y cuyo argumento se origina en la imposición de una clasificación racial y étnica de la población mundial. Bajo este esquema, las organizaciones locales suelen dedicarse a copiar estructuras jerárquicas y modelos de gestión diseñados para contextos específicos del Norte Global, ignorando las particularidades socioculturales y las urgencias ecológicas de nuestros territorios.

En el contexto expuesto, el “Ciudadano investigador” del que hacemos referencia, presenta su propuesta existencial para escenificar una ruptura epistemológica, es decir, la transición hacia una gerencia que además de administrar recursos, también tenga la capacidad de teorizar y crear objetos simbólicos innovadores con profundo sentido de pertenencia con nuestra realidad territorial. La creación de estos objetos simbólicos — que pueden ser nuevos modelos de gerencia participativa — requiere que el gestor actúe como un intelectual crítico.

Sobre este punto, Renato Dagnino (2014) sostiene, que no se trata simplemente de mejorar la productividad, sino de avanzar hacia una Tecnología Social — concebida como un conjunto de técnicas y metodologías transformadoras — desarrolladas en interacción con la comunidad y orientadas a la inclusión social y la democratización del conocimiento.

Bajo esta premisa, el gerente investigador ya no se orientará en buscar soluciones “empaquetadas”, sino que utiliza la metacognición para desarmar la lógica del lucro individual y proponer modelos teórico-aplicativos, que satisfagan necesidades políticas y eco-sociales locales. Claro está, que esta labor exige una reingeniería profunda del pensar crítico, que

vinculen simultáneamente, la contextualización con la creatividad orientada a la resolución de necesidades políticas y eco-sociales urgentes.

Ante esta realidad, resulta imperativo reconocer, que para hablar de innovación en Nuestra América, definitivamente es muy necesario considerar la “ecología de saberes” de la que habla Boaventura de Sousa Santos (2010). Es decir, se trata de concebir una gerencia transformadora, que sea capaz de generar un híbrido entre el conocimiento científico-técnico con los saberes populares y ancestrales, los saberes de las poblaciones indígenas, creando de esta manera, soluciones simbólicamente potentes y pertinente con la realidad de nuestra sociedad y nuestro entorno.

Desde esta nueva visión, la organización deja de ser vista como una máquina de eficiencia para entenderse como un nodo de resistencia y creación cultural, donde la gestión de la tecnología se oriente por lo que Enrique Dussel (1998) denominó el “principio vida”: la obligación ética de que toda estructura social e institucional debe producir, reproducir y desarrollar la vida humana en comunidad.

A partir del análisis precedente, se infiere que este ciudadano investigador debe evolucionar para convertirse en un gestor de la realidad compleja, que lejos de rehuir a la incertidumbre, la capitalice como un fértil espacio para la innovación simbólica. El ciudadano investigador, en su rol gerencial, asume la responsabilidad de diseñar modelos que prioricen la justicia social y el equilibrio ecológico, con el fin de forjar una nueva subjetividad— la de una región que piensa, diseña y gestiona— su destino desde sus propias raíces.

Creatividad, Metacognición y Objetos Simbólicos

Ahora bien, ante la existencia del cientificismo, como resultado de la narrativa eurocéntrica que se mencionó al principio, y en base a la necesidad de independizar nuestro modo de pensar, la superación del paradigma cientificista debe trascender de la mera crítica teórica para exigir una reconfiguración ontológica del quehacer científico de nuestra región. Permítanme explicarle, una vez que el ciudadano reconoce que los modelos transferidos desde el Norte Global responden a lógicas de acumulación de capital ajenas a nuestras necesidades sociales, nuestra praxis intelectual debe asumirse como un ejercicio de resistencia y reconstrucción, que permita evolucionar hacia una nueva forma de crear, ciencia, de hacer tecnología, y que esta se fomente en base a las necesidades de la sociedad que configura el entorno latinoamericano.

Por consiguiente, el compromiso nuestro debe ser la impugnación de los fundamentos epistemológicos que legitiman las nociones coloniales— del éxito y la productividad— en la gestión organizacional, construyendo una nueva ciencia soberana, lo que Quijano (1992) definió como la descolonialidad del poder, iniciando con una mirada hacia adentro, que rompa con la dependencia intelectual del Norte Global.

En consecuencia, el reconocimiento de nuestras propias potencialidades y saberes ancestrales se convierten en el motor de una nueva racionalidad científica, alineada con la llamada “ciencia rebelde” de Oscar Varsavsky (1969), que prioriza la transformación social y la autonomía regional por encima de los estándares de rentabilidad subordinados a la lógica del capital extranjero

Cabe agregar, que para llegar a una definitiva ruptura epistemológica, el investigador nuestroamericano debe romper con la “colonialidad del saber”. Sobre este particular, Quijano (1992) argumentaba que la colonialidad se mantiene porque aceptamos la superioridad de la racionalidad eurocéntrica. Según Aníbal Quijano (2000), la modernidad impuso una clasificación racial y geográfica del mundo donde el saber legítimo quedó reservado para el centro (Europa/EE.UU.), mientras que la periferia fue condenada a la imitación o a la extracción de datos. De ahí que, para dar paso a esta ruptura epistemológica, se requiere activar procesos de metacognición, lo que implica desaprender los modelos gerenciales eurocéntricos y reaprender desde el contexto local.

El tránsito hacia una nueva visión social, del gerente como ciudadano pensador e investigador, exige una praxis, enmarcada en una reflexión crítica seguida de una acción transformadora. El ciudadano investigador se convierte de esta manera, en el arquitecto de una tecnología soberana. Esta transición implica dismantelar la idea de que existe una única vía hacia el desarrollo, donde el ciudadano pensador reconoce -que la ciencia es un fenómeno social- y como tal, debe estar sujeta a un control democrático, transparente, y a una ética que priorice la sustentabilidad de la vida por encima de la acumulación del mercado.

En este proceso, el ciudadano se convierte en sujeto de su propia historia, dejando de ser un mero espectador de la tecnología importada para transformarse en un evaluador ético de su impacto como gestor. Como afirma Quijano (2010), la liberación de las poblaciones oprimidas pasa por la recuperación de la capacidad de producir nuestro propio conocimiento.

Repercusiones Éticas

Las repercusiones éticas de este giro son profundas. Al integrar la visión de Quijano (1992), entendemos que una ciencia ética en Nuestra América es aquella que contribuye a la descolonialidad. Las organizaciones, orientadas por este ciudadano investigador, dejan de ser meras unidades de producción para convertirse en espacios de participación ciudadana, donde el compromiso ético-ambiental se vuelve indisociable de la justicia política. No puede haber una “tecnología verde” que siga siendo colonial en su forma de gestionar el trabajo o en su exclusión de las mayorías. El nuevo convenio social exige que la ciencia y la tecnología se sometan a la validación de la vida, convirtiendo la creatividad en una herramienta de liberación.

Conclusiones

El tránsito desde una “Ciencia Triunfante” hacia una ciencia consciente y regulada socialmente es el desafío intelectual más importante de nuestra época en toda la región. El verdadero progreso no se mide por la sofisticación de los dispositivos que importamos, sino por nuestra capacidad de integrar la ética, la participación ciudadana y la creatividad situada en nuestras propias formas de gestión.

El “ciudadano pensador investigador” es un arquitecto de realidades soberanas. Al dominar sus procesos metacognitivos y aplicar un pensamiento crítico descolonizado, deja de ser un ejecutor de planes ajenos para convertirse en un creador de sentido local.

El ciudadano investigador, crítico debe surgir del seno de las universidades, de comunidades de aprendizaje, del compartir de unidades curriculares sobre ciencia y tecnología. Debe ser un líder forjado en la experiencia de nuestra propia historia regional

El nuevo convenio social nos exige una praxis de la responsabilidad, es poner el ingenio humano al servicio de la dignidad. Esto nos conduce a alcanzar una enorme cantidad de innovaciones, abandonando el modelo de imitar lo foráneo hasta lograr la construcción de un sistema donde la ciencia y la tecnología sean, por fin, el reflejo de nuestras más altas aspiraciones colectivas de libertad y justicia.

El despertar del ciudadano investigador implica, una desobediencia epistémica, por cuanto cuestiona los saberes eurocéntricos para implementar los

saberes propios de nuestra realidad territorial, involucrando saberes científicos con los saberes de las comunidades y/o pueblos de la región.

Referencias

- Beck, Ulrich (1998). *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Paidós.
- Dagnino, Renato (2007). *Ciência e Tecnologia no Brasil: O processo de decisão e a comunidade científica*. Campinas: Unicamp.
- Dagnino, Renato (2014). *Tecnologia Social: Contribuições conceituais e metodológicas*. Campinas: Unicamp.
- Dussel, Enrique (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. México: Siglo XXI.
- Freire, Paulo (1970). *Pedagogía del oprimido*. México: Siglo XXI.
- Herrera, Amílcar (1971). *Ciencia y política en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Quijano, Anibal (1992). *Colonialidad y modernidad/racionalidad*. Perú Indígena, vol. 13, n.º 29, pp. 11-20.
- Quijano, Anibal (2000). *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. En: Edgardo Lander (Comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Quijano, Anibal (2010). *Des/colonialidad del poder: el horizonte alternativo*. Estudios Latinoamericanos, (25), 27–30.
- Sousa Santos, Boaventura de (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Montevideo: Trilce.
- Varsavsky, Oscar (1969). *Ciencia, política y científicismo*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vessuri, Hebe (2007). *La ciencia periférica: Ciencia y sociedad en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.